

Nuestros lectores opinan

Semos malos: el país más violento de la faz de la tierra

Nelson Javier López Rojas

Amo a la Humanidad, lo que me revienta es la gente.
Quino (Joaquín Salvador Lavado)

Estos relatos acontecen en un país donde cada día se arrastran los cinco siglos de opresión que la independencia no abolió. Por cinco siglos hemos dormido con un ojo abierto, esperando que algo caótico pase. Por cinco siglos no nos hemos arraigado en un solo lugar porque entendemos que nada es permanente, ni siquiera la muerte nos libra de tal inseguridad. Inexplicablemente, llevo esos cinco siglos en mi espalda.

Todos se mueren en El Salvador, o soy de los que matan o de los que mueren, pero de algún lado tengo que estar. Las heridas que tengo siguen buscando cura y no se encuentra en esta aldea.

Mi drama es el drama de millones de cuscatlecos desde la creación de nuestro país, sin mitos, sin leyendas, pues la veracidad es algo que nos hace falta. San Salarrué nos lo dijo hace 80 años y lo repito en estas líneas: somos malos, incluyéndome-nos-todos. En el 2010 se rumoraba entre los guanacos que ni para eso eramos buenos al saber que Honduras se agenciaba ese ostentable título. Ni las leyes de “mano dura” o “súper mano dura” pudieron parar la violencia que nosotros mismos generamos. Violencia que se combate con violencia, donde se les ordena a los agentes de seguridad que hay que dispararle hasta a las moscas... pero si un sabio amigo me decía que hay que atrapar a las moscas con miel, no con vinagre; ¡mucho menos con balas! Al final, si se usan demasiadas balas para espantar a las moscas se termina disparándole al prójimo, al hermano y sin poder encontrar el basurero que causan las moscas.

Semos un país monocultural, monoreligioso, monosexual, monolingüe. Semos los inventores de la intolerancia hacia todo lo que no nos guste: los indios güiyos del monte, los negros feos, los protestantes y los terroristas musulmanes, los maricones y todos aquellos que hablan una lengua que no sea español o inglés.

Semos un país donde impera el caos, la anarquía, la corrupción y sobretodo, la mentira y la deshonestidad. Claro está que es una situación arraigada en años de represión no solo del rico sobre el pobre, más bien se debería de generalizar como “opresión del que parece más poderoso sobre los más débiles” y viceversa. Los pobres no hemos sido ningunos santos, y al tener la oportunidad descargamos todo nuestro conocimiento de Galeano y de Robin Hood para vengarnos y expropiar a esos cuyo dinero lo han de haber ganado de forma ilícita, lo hacemos. Simplemente hay que pasar por los monumentos a don Cristobal Colón y a la Reina Isabel con la cara macheteada en pleno centro de San Salvador.

Los burgueses esclavizan y expropián al pobre de lo poco que les queda. Lejos quedan los años de los hacenderos que imprimían su propio dinero para pagarle al proletariado, y estos, sin saber mejor, tenían que usar ese dinero en las tiendas de los patrones. Lejos, parece. Todavía se usan tácticas similares, los empleadores pagan X más la comida, o X más el uniforme.

¿Por qué no nos enseñan a pensar tanto en las escuelas públicas como en las privadas? ¿Por qué se nos enseña a obedecer y a seguir una doctrina a ciegas sin cuestionar nada? ¿Será que no han estado dirigiendo como ovejas que hacen lo que el pastor les dice? Se nos enseña a memorizar los 14 departamentos, los próceres, los nombres científicos de las plantas y los elementos de la tabla periódica, pero nada práctico. Lo que aprendí me lo enseñó la calle. Y después me exportaron con el TLC.

Al niño se le enseña que robar es malo. Robar un banco, claro. Tomar un poquito de los que tienen mucho no es robar. Y es que somos pobres, y no precisamente por falta de recursos, sino más bien por tantos años de mentiras, de perpetuar ese sistema perverso donde los ricos se hacen más ricos y donde a los pobres o a los feos se les marginaliza hasta excluirlos de la sociedad.

Llegar a un puesto público es el anhelo de muchos para “llegar a la guayaba” a comer gratis, a robarle al pueblo sin importarle el bienestar del pueblo. La gente vota y sabe que los políticos van a robar, pues todos roban; la gente contrata a una doméstica o a un cobrador de buses con el entendimiento que van a robar. Hay que pagarle un 25% menos y esperar que lo robado no supere

el 25% para que no haya déficit y todos estén contentos. La doméstica robará porque el patrón tiene demasiado o lo que tiene no lo ocupa. Si son descuidados eso le da pauta a la ladrona para defalcarse al empleador. Inclusive, el pastor de una iglesia aconseja a los empleadores a contratar a los evangélicos porque estos roban menos que los de la calle.

Si a alguien se le cae una moneda y no se percata, no habrá una persona quien se detenga para notificarle al desafortunado de su pérdida; al contrario, se le acercará a la moneda y sigilosamente le pondrá el pie encima para que ningún ladrón se la robe.

Los bares de ensaladas o los famosos “all you can eat” estadounidenses no pueden establecerse en el país. Los hambrientos salvadoreños comerán hasta saciarse y enfermarse porque después de todo, ¿quién puede ser tan tonto de poner tanta comida a un precio tan bajo? De no haber tenido la humillante experiencia de haber sido descubierto por el agente de seguridad con la mochila llena de comida, hubiera sacado lo que se pudiera para llevarle a la familia. Y no es cuestión de ser pobre. El pobre no tiene dinero para ir a estos lugares. Es cuestión de querer tomar lo más posible pagando lo menos posible.

Cuando es día de pago, nadie piensa en ahorrar para pagar los gastos escolares de sus crías. Lo que se generó durante la guerra fue la inseguridad del mañana. No se podía ahorrar y dejar que otros se beneficiaran del dinero una vez muerto. Nadie vivía para el mañana, pues no se sabía si habría un mañana. Ya en la pos-guerra la situación continuó igual, sólo que ahora con la incursión de las multinacionales alimenticias, el ciudadano corriente tiene múltiples opciones para gastar y gastarlo lo más pronto que se pueda. La quincena se gana en quince días, pero se gasta en una noche. Una simple regla matemática me diría que falla la ecuación de ingreso-egreso.

Nuevamente, el pobre, el explotado, el desafortunado que se queja de no ganar lo suficiente y quien reniega que los explotadores oligarcas ganan mucho más que él, se queda en la miseria mientras que esos ricos desgraciados se hacen más ricos con el dinero del pobre. El pobre no entiende que el rico se hace más rico porque los pobres lo alimentan. Si en lugar de ir a cenar a una pizzería cada día de pago, el padre o madre responsable del ingreso familiar cocinara una cena especial para la familia se ahorraría mucho dinero y, si comprara en el mercado y no en los súper, estaría ayudando a su misma especie. Aquí se aplica el principio de tapar el pozo después que el chico se ahogó, de trancar la puerta después que se escapó el gato y de amarrar al perro después que mordió al cartero.

Las remesas es el otro fracaso de la sociedad. Es evidente que los hondureños y nicaragüenses llegan a trabajar las tierras del oriente del país porque no hay locales que quieran trabajar. ¿Para qué querrán trabajar de sol a sol por \$100 míseros dólares que pagan los terratenientes si un familiar en el Norte les manda \$100 para que vivan bien? Claro que es más fácil vivir sin sudar y tener dinero para gastar. ¿No sería mucho mejor si estos recipientes del sudor ajeno recibieran los \$100 y trabajaran por \$100? De tal forma tendrían el doble del dinero y un futuro más promisorio, pero uno de los males a erradicar de nuestra cultura es el cortoplacismo que nos corroe.

Jorge Lemus habla de promover la cultura y el idioma pipil, comenzando donde aún quedan rasgos indígenas en el país. Enhorabuena. El problema es que los salvadoreños no le verán beneficio alguno y se reirán del proyecto porque nadie quiere ser indio. Ya un periódico local en su malintencionado editorial dijo que sería mejor aprender chino o inglés y no volver a usar taparrabo, aunque nadie ha hablado de volver a la prehistoria.

Nadie en el país se siente nacionalista mientras el no tener país sea una válida excusa. Si hay juegos de fútbol o disputas territoriales entonces sí somos salvadoreños mientras nos dure la euforia. Nadie se identifica con ser mestizo. Nadie quiere tener raíces indígenas. Todos tienen un pariente conocido que vino de Andalucía, Madrid, Coimbra, Galicia, de donde sea, menos de Tajcuilulan, Masahuat o de uno de tantos cantones que nos rodean. Todos humillan al campesino por su acento o por su tufo a indio, pero viene el partido y allí sí cambia de nombre el país para nombrarlo Cuscatlán, la Selecta Cuscatleca. Ahí es cuando se nos sale el indio que tanto negamos.

Si llego tarde al trabajo no es porque me levanté tarde, o porque no calculé bien mi tiempo y perdí el autobús. No. Llegué tarde porque había una manifestación, porque al microbús se le pinchó una llanta, porque el carro se quedó sin gasolina, porque el semáforo no funcionaba, porque el embotellamiento no nos dejaba pasar. Todo es por causas externas y nunca aceptamos la culpa como nuestra. Mientras daba clases particulares de español, una alumna, que de hecho era la que mejor me pagaba, me dijo “si usted no puede estar aquí a las 7 de la mañana, entonces no podremos trabajar juntos. Yo tengo otras cosas que hacer a las 8. No porque usted viene a las 7:15 vamos a terminar a las 8:15”. Y evidentemente me enseñó una lección para la vida.

Si nos preguntan a qué horas será el encuentro siempre decimos “entre” tales y tales horas para evitar que la gente llegue tarde con excusas ridículas. Y aún así la gente llega tarde por alguna razón fuera de su control. Y si no ha llegado

y se les pregunta a qué hora vendrán siempre dicen que en 15 minutos máximo, cuando están a una hora de distancia. ¿Por qué no decir que están a una hora de distancia?

Pero mentir está sociológicamente arraigado a nuestra cultura, y como dijo Rafael Correa “la mentira ha destruido América Latina”. Quizás porque mintiendo nos salimos de un problema momentáneamente, pues ya se sabe que no hay nada bajo el sol que no se llegue a saber. Mi sobrinito tiró una pedrada y al preguntarle por qué lo había hecho me dijo que él no había sido aunque yo lo había visto. Otro niño en el mariposario atrapó y destripó una mariposa y me dijo “yo no fui” aún con la mariposa restregada con la mano en su camisa. En fin, la mentira prevalece en todos los ámbitos. Que el mural se estaba cayendo, que los políticos necesitaban más dinero, que los mareros querían tregua, que los buses no son rentables... en fin. Y a nadie le importan los mensajes sociales de concientización, o cederle el asiento a la señora en el bus, o apoyar una huelga, pero sí se identifican con movimientos gringos como el de “somos el 99%”. Ser esnob y elitista es un ideal, una meta que alcanzar aunque no les alcance para pagar ni el mínimo de la tarjeta de crédito. La gente ya no quiere organizarse, “que lo hagan los otros”; y la falta de ese interés y las mentiras de los de arriba nos tienen donde estamos, sumidos en la mediocridad y esperando que un político venga a resolver los problemas que nos aquejan.

Somos un país que no valora la historia. Si uno no es quien escribe los libros de historia, otros la escriben por uno y nos borran a su antojo. La reinventan, nos satanizan, nos culpan por las cosas que no van bien en el país y nos hacen los malos del libro.

Miguel Ríos decía que la noche y la carretera se hicieron para poder huir, y de alguna manera los salvadoreños huimos de nosotros mismos y hasta nos autoexiliamos. Somos malos, sí. Pero también es cierto que somos más buenos que malos, pero el ser bueno no quiere decir no ser malo sino hacer algo para que los malos no sean tan malos... así como lo hacía Monseñor...

